

## Análisis de la conducta: ¿Qué hay en él para nosotros?

Por Murray Sidman

Resumen y traducción: Edson Escalante

**E**l término “Análisis experimental de la conducta” no solo resume un conjunto de hechos conductuales y teorías. Es también un nombre para un conjunto de repertorios conductuales; resume las características de la conducta de los analistas del comportamiento. Y, como todos sabemos, si queremos entender lo que alguien hace, debemos identificar los reforzadores de sus acciones. ¿Cuáles son los reforzadores del comportamiento de los analistas conductuales? ¿Qué los mantiene en marcha?

¿Los investigadores básicos, investigadores aplicados y modificadores de conducta experimentan distintos conjuntos de reforzadores? Cuando se les pregunta “¿Qué hay en ello para ti?” ¿Tienen cada uno respuestas diferentes? Bueno, sí, hacen cosas distintas y producen consecuencias diferentes. Los investigadores aplicados, por ejemplo, rara vez refinan los principios sistemáticos de la ciencia. Los investigadores básicos rara vez producen mejoras en el comportamiento problemático de algún cliente. A pesar de que exhiben diferentes repertorios de respuesta tienen muchos reforzadores en común. Creo que un análisis funcional -el mismo tipo de análisis que nos dice por qué nuestros clientes y sujetos de estudio se comportan como lo hacen- revelaría muchos reforzadores que son comunes a los investigadores y a los modificadores de conducta. Un reconocimiento más explícito y más general de las similitudes de sus reforzadores quizá ayudaría los involucrados en este tipo de actividades aparentemente dispares a llevar relaciones más armoniosas.



Los tipos de consecuencias reforzantes que quiero enfatizar no son los más evidentes. Mucho se ha escrito sobre temas como los salarios, promociones, títulos, poder, fama, premios, etc. Menos discutidas son algunas consecuencias de la actividad científica que son difíciles de observar y casi imposibles de medir. Peor aún, este tipo de consecuencias parecen estar desapareciendo como determinantes principales del comportamiento de los analistas conductuales. Al tratar de enumerar esos reforzadores, tendré que apelar en gran medida a mis propias experiencias, porque esas son las únicas que he podido observar directamente. Sin embargo, no puedo creer que otros científicos del comportamiento no hayan sido afectados por el mismo tipo de reforzadores que he tenido la fortuna de experimentar. Hay muchos que seguramente podrían contar el mismo tipo de historias que voy a referir. Me gustaría que lo hicieran. Creo que los investigadores y modificadores jóvenes de hoy en día necesitan escuchar sobre dichas experiencias. Permítanme resumir mi tesis por adelantado.

**En nuestra redacción científica sobre el comportamiento, fallamos en transmitir la emoción de hacer investigación. Rara vez describimos la emoción de descubrir cosas que nadie conocía antes.**

Aunque la concepción pública predominante es que los científicos son criaturas lógicas y frías, es fácil demostrar que los científicos también son amantes de los placeres mundanos. A menudo son, por ejemplo, aficionados sofisticados e incluso participantes en el mundo de la música, la literatura y las humanidades.

**Sin embargo, lo que los científicos parecen reacios a reconocer es la poesía en lo que ellos mismos hacen, la poesía que es intrínseca al proceso de descubrimiento.**



También fallamos en revelar la pasión con la que intentamos extraer el orden del caos y la emoción que experimentamos al descubrir ese orden.

Y aunque tratamos de evitar la superstición, no obstante, nos acercamos al fervor religioso cuando logramos ubicar la conducta de los seres humanos – lo que los humanos hacen y por qué lo hacen- dentro del reino de los fenómenos naturales, llevando así el comportamiento de los seres vivos, incluidos nosotros mismo, al gran esquema del orden en el universo.

Las personas tienen pocos problemas para entender los reforzadores que están disponibles para los modificadores de conducta. Curar a los enfermos, convertir a quienes no aprenden en aprendices, hacer que las personas dejen de fumar, que coman menos, que practiquen el sexo seguro, incrementar la seguridad y productividad en los lugares de trabajo: todos estos logros y muchos otros son generalmente reconocidos no solo como socialmente valiosos sino también emocionalmente satisfactorios. Sin embargo, los investigadores, incluso muchos investigadores aplicados, no han tenido tanto éxito en transmitir a otros una noción de los reforzadores que son inherentes a su trabajo. Debido a que los científicos deben evaluar datos objetivamente, las personas asumen erróneamente que son igualmente indiferentes sobre las implicaciones de sus datos para la vida humana.

En vista de la equivocada idea popular de que los científicos son distantes e indiferentes, tal vez me disculpe por sentir algo de orgullo cuando una exalumna dedicó su libro “A Murray Sidman, por demostrarme que ser científico y basarse en datos es la definición operacional de preocuparse por algo.”



Hoy en día, parece que no estamos reparando en esta definición de preocuparse o interesarse por algo. Como resultado, muchos estudiantes potenciales, así como el público en general, se alejan de la ciencia de la conducta porque les parece fría e indiferente. Muchos de los que continúan y se convierten en analistas conductuales no solo se están alejando de la investigación, sino que menosprecian la investigación básica, sin duda, pero también la investigación aplicada.

### Cambiando al mundo

¿Cómo llegué al punto en que experimenté la poesía, la música y la pasión en la investigación experimental del comportamiento?

Como muchos jóvenes, tanto en ese entonces como ahora, estaba preocupado, no tanto por el tipo de trabajo en el que iba a terminar, sino por cómo iba a ayudar a cambiar al mundo.

Mis lecturas y otras observaciones me habían convencido de que las personas crean su propio mundo. Por lo tanto, si el mundo iba a cambiar, la gente tendría que cambiar. Teniendo en cuenta la intensidad con que las personas parecían empeñarse en subyugarse o destruirse entre sí, incluso estableciendo las condiciones para la eventual autodestrucción, estaba claro para mí que los cambios tendrían que ser diseñados deliberadamente, y no a la velocidad y al resultado incierto de la evolución natural. ¿Qué tipo de cambios se requerirían? ¿Cómo se producirían esos cambios? ¿Era incluso posible el cambio? En la universidad, ninguna de las muchas ciencias que examiné sugería respuestas prácticas a esas preguntas hasta que me encontré en el laboratorio pionero de psicología que Keller y Schoenfeld iniciaron en la Universidad de Columbia a fines de los años 1940 (Keller & Schoenfeld, 1949).



Creando comportamiento: Allí, en la primera sesión de laboratorio, me encontré a mí mismo creando comportamiento. Sin intercambiar palabras con mi sujeto experimental, ese pequeño, peludo y blanco animal estaba haciendo exactamente lo que le había ordenado hacer, cosas que nunca había hecho antes, cosas que no le daban ninguna ventaja evolutiva, e incluso más increíblemente, exactamente lo que el manual de laboratorio decía que el animal iba a hacer cuando configurara contingencias específicas.

A medida que avanzábamos a través del curso, no solo pude hacer que esa pequeña bestia presionara una palanca y tirara de una cadena, sino también que se detenera cada que yo encendía una luz; trabajar de forma rápida, lenta o cíclica a medida que cambiaba el programa de reforzamiento; presionar o tirar con una fuerza mayor que su propio peso corporal; a trabajar por dinero y luego a usar ese dinero para obtener comida de una máquina dispensadora; para indicarme si quería agua o alimento; y muchas cosas más. Que el organismo experimental fuera tan insignificante hizo que la demostración fuera impresionante.

Si uno puede comunicarse tan efectivamente con una criatura tan empobrecida intelectualmente, ¿Qué podría lograrse con seres humanos que eran capaces de mucho más? ¡Aquí había todo un nuevo universo que se habría a la exploración! La conducta no solo podía ser modificada, sino que se podía cambiar en maneras específicas y medibles mediante operaciones específicas y medibles.

Sí, esas operaciones de laboratorio y medidas eran simples. Casi no se acercaban al tipo de problemas que me hicieron sentir que el mundo necesitaba cambiar. Esto era



obviamente solo el inicio. Gran parte de la emoción provino de la comprensión de que todavía debía haber mucho por descubrir, mucho que traer al laboratorio y aprender más de ello, mucho para extrapolar al mundo fuera del laboratorio.

Esa experiencia me situó en el camino de mi vida. Sé que le sucedió a muchos otros; he escuchado historias similares innumerables veces. Sin embargo, hoy en día, pocos estudiantes tienen la oportunidad de descubrir por si mismos que la conducta de un ser intacto se puede cambiar de maneras sutiles pero predecibles mediante operaciones que son tan específicas como aquellas que cambian el comportamiento de sus órganos internos y el comportamiento de los objetos inanimados en el mundo que los rodea. Es una trágica pena, porque el mundo del futuro estará en manos de esos hombres y mujeres jóvenes. Ellos son conscientes de esto, no menos de lo que nosotros de otra generación lo estábamos cuando éramos jóvenes. Pero en estos días están expuestos principalmente a relatos verbales de los descubrimientos de otras personas.

Muchos de los que se habrían emocionado de sus propios primeros éxitos al moldear el comportamiento en el laboratorio en su lugar se dirigen a otras direcciones para hacer que su existencia cuente.

La búsqueda de orden en la naturaleza

Cuando publicamos los resultados de nuestra investigación, no se nos permite comunicar la emoción de la investigación, la poesía en el proceso de descubrimiento o la euforia en el descubrimiento de orden. Desearía que algo de eso estuviera permitido.



Ciertamente nada aportaría a la lógica de nuestras demostraciones ni daría soporte válido a ninguna conjetura o conclusión en particular. Sin embargo, alguna expresión de la “vibra” emocional que genera la investigación podría ayudar a atraer potenciales colaboradores al análisis experimental de la conducta. Los estudiantes podrían apreciar que al realizar investigación conductual podrían encontrar algo más que metodología y técnicas de análisis. **Es posible que reciban un indicio de aquellos sentimientos tan fuertes y feroces como los que experimentan cuando interactúan con las personas y que también pueden caracterizar las interacciones con los datos.**

**Uno no tiene que abrir un nuevo campo de investigación para experimentar una recompensa emocional al hacer investigación. Creo que ayuda el haber tenido un historial previo que resalte el ubicar el trabajo personal en un contexto más amplio que sus resultados inmediatos, o que permite que uno se abra a la emoción de los desafíos prácticos o intelectuales.**

No se puede prometer ninguna recompensa en particular. En mis días de estudiante me había convencido -le doy crédito a Freud por esa convicción- de que muchos problemas usualmente clasificados como psiquiátricos eran el resultado de historias particulares de castigo y reforzamiento negativo. Por lo tanto, yo quise llevar componentes de dichas historias al laboratorio para un estudio más preciso. En aquel entonces Keller, Schoenfeld, y Hefferline en Columbia estaban explorando nuevas concepciones acerca de la conducta de evitación. Para mí, sus formulaciones llevaron a la posibilidad de un nuevo procedimiento de laboratorio que podría revelar características aun inexploradas de la conducta de evitación. Quizá podría, incluso, permitir un enfoque más efectivo a los problemas psiquiátricos. Permítanme compartir con ustedes algunas de mis primeras experiencias.



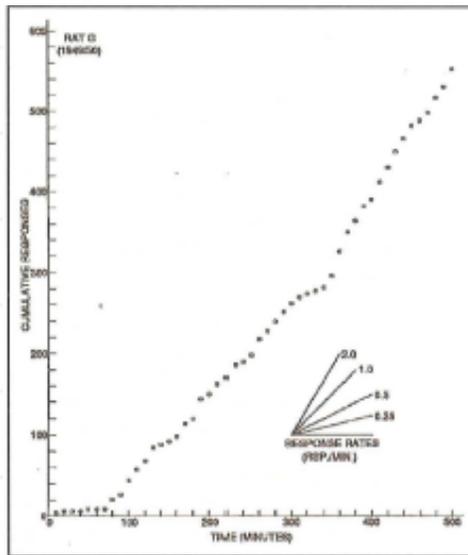
Ese nuevo procedimiento presentaba periódicamente leves descargas eléctricas en las patas de un animal, sin advertir al animal cuando estaba a punto de ocurrir una descarga. Sin embargo, presionando una palanca en cualquier momento, el animal podía posponer la próxima descarga. Cuanto más frecuentemente presionaba la palanca, menos choques recibía. Si, por ejemplo, la descarga estaba programada para ocurrir cada 22 segundos, el animal podía evitarlas completamente antes de los 22 segundos. La primera pregunta fue “¿Funcionaría el procedimiento? ¿El animal aprendería a presionar la palanca?”

Tomó mucho tiempo configurar el procedimiento para ejecutarse automáticamente. En ese entonces usamos circuitos de relé; las computadoras como tales aún no se habían inventado. Para cuando estuve listo para probar el procedimiento con mi primer sujeto, era ya la noche anterior a la fecha programada para ir a casa a pasar las vacaciones de navidad, pero no podía esperar. Aunque era muy tarde, coloqué al primer animal en la cámara experimental, encendí el aparato, y permanecí el tiempo necesario para asegurarme de que el aparato funcionaba como se suponía que lo hiciera. A la mañana siguiente, volví al laboratorio y encontré al animal presionando su palanca con bastante frecuencia, pero si me hubiera quedado para tener una mejor impresión de su tasa, habría perdido mi tren a Boston. Así que, a pesar de mi emoción, apagué el aparato, guardé al animal, enrollé el registro de cinta encerada que me mostraría cuando ocurrieron cada respuesta y descarga eléctrica (todavía no tenía un registrador acumulativo), y me apresuré a la estación del ferrocarril.

Tan pronto como pude liberarme y tomarme algún de tiempo después de llegar a casa, me senté con la cinta de registro, una regla y papel cuadriculado. Después de pasar algunas horas midiendo la distancia entre cada marca en la cinta y convertir las



distancias en tiempo, dibujé un registro acumulativo manualmente. La figura 2 es lo que ese primer animal, la rata G, me mostró.



¿Alguien piensa que miré esos datos fríamente, que simplemente ingresé los números en una tabla y luego los transferí mecánicamente a una gráfica? ¿Estaba simplemente siguiendo la rutina estándar que los libros de texto dicen que diferencian a los científicos de los no científicos? No, probablemente puedas empatizar conmigo cuando digo que estuve flotando entre nubes durante el resto de mis vacaciones. Sabía, en primer lugar, que estaba viendo algo que nadie había visto nunca: el registro de un animal que evitaba exitosamente descargas eléctricas incluso sin ninguna señal de advertencia que le indicara cuando una descarga era inminente. ¿Me senté allí preocupado por los problemas metodológicos? Por ejemplo, ¿Sentí que necesitaba más sujetos para convencerme de que el efecto del procedimiento era real? Ese problema nunca surgió; sabía que las ratas normalmente no gastaban su tiempo presionando palancas, incluso a una tasa baja, durante un periodo de varias horas. El efecto era real. Si el siguiente animal no daba el mismo resultado, solo tenía que averiguar por qué, por derecho propio, una posibilidad potencialmente interesante.



Mi imaginación, por supuesto, estaba activa. Me quedó claro que había que evaluar dos variables: la tasa a la que las descargas eran aplicadas si el animal no respondía, y la cantidad de tiempo que el animal pospuso las descargas cuando respondió. Esto iba a ser tan obviamente mi investigación de disertación que luego le presenté la idea a mis patrocinadores en esas mismas palabras, sin una propuesta formal. Ellos estuvieron inmediatamente de acuerdo conmigo. ¿Hoy en día, a cuántos estudiantes -cuando los mejores de ellos, especialmente, son reclutados en grandes proyectos de investigación subvencionados- se les da la oportunidad de hacer su propia investigación, de regocijarse de sus propios descubrimientos y obtener suficiente independencia para planear su propia investigación subsecuente?

También me quedó claro que el procedimiento proporcionaba una manera de integrar el comportamiento aversivamente controlado en el sistema operante, junto con el comportamiento reforzado positivamente. Por ello mi nombre preferido para el procedimiento fue “evitación de operante libre.” Ya me encontraba formulando una larga serie de experimentos dirigidos a ese objetivo sistemático, un programa de investigación que me mantuvo ocupado durante gran parte de los próximos diez años. Nunca escribí el libro que esperaba pudiera ser una secuela de “La conducta de los organismos”, pero pude resumir gran parte del trabajo como un capítulo de libro (Sidman, 1966). Lograr ese tipo de integración sistemática implica más que la silenciosa satisfacción de publicar artículos, o las ventajas económicas de la promoción académica, o incluso la gratificación que proviene del reconocimiento profesional.



El razonamiento es similar al canto; la progresión lógica del pensamiento en la planificación y realización de un programa de investigación se asemeja, para mí, a la composición de una pieza musical. El curso de mi investigación ha generado momentos en los que me puse a cantar (pero solo cuando estaba solo), y otros momentos en que, en lugar de componer música- lo cual no sé hacer- reproduje una pieza de música grabada que parecía coincidir con lo que acababa de suceder en el laboratorio.

También era consciente, desde un inicio, que la evitación de operante libre debía subyacer a muchos problemas reales fuera del laboratorio. Esa demostración, sin embargo, tuvo que esperar por más datos. Sucedió en el libro de “La Coerción y sus fallas” muchos años después (Sidman, 2000). El material en ese libro claramente no solo es de interés académico para mí. Mis sentimientos se muestran en formas que nuestra presentación de datos estándar no permite. Los lectores (y los oyentes) pueden dar cuenta de ello. Nunca he sido un defensor de el sistema de instrucción de conferencias, y mis propias lecciones probablemente reflejaron esa disposición. En una ocasión, sin embargo, después de que dicté una conferencia basada en el libro de coerción, el cual estaba escribiendo en ese tiempo, un par de estudiantes universitarios se me acercaron (en sí, algo inusual) y me dijeron directamente: “Parecías estar mucho más involucrado de lo habitual en tu material de hoy”.

La metodología es importante, por supuesto, pero la relevancia de la investigación y la medida en que genera involucramiento personal es fundamental. Deberíamos dar a los estudiantes más oportunidades para ver eso en nosotros.



Los momentos de júbilo se hicieron incluso más frecuentes cuando comencé a realizar investigación experimental con personas. Uno de los primeros trabajos fue con un hombre como de mi edad con un severo retardo. En aquellos días, su diagnóstico médico era “idiota microcefálico.” No tenía lenguaje, era capaz de disfrutar algunos placeres simples como lanzar y tratar de atrapar una pelota, beber, comer, y trenzar cuerdas – probablemente lo más complicado que había aprendido a hacer. Aparece conmigo en la figura 3.



Trabajando con él, mis colaboradores – especialmente Larry Stoddard, y yo pudimos desarrollar técnicas de enseñanza tan generalizables que nos preguntábamos si su nombre, Cosmo, no predecía un papel especial para él. Habíamos desarrollado un programa de atenuación gradual para enseñar a niños a distinguir círculos de elipses sin errores. El día que Cosmo realizó el programa con éxito, fui a casa y escuché las marchas de Sousa, imaginando que Cosmo y yo guiábamos a la banda por la calle. ¿Por qué estamos en tan poca disposición a que la gente sepa que el trabajo de laboratorio puede generar tales reacciones?



Posteriormente, pudimos adaptar el programa círculo-elipse para hacer que las elipses se volvieran gradualmente más circulares, y así determinar un umbral de discriminación. Hicimos esto exitosamente con Cosmo frente a un grupo de visitantes para una beca de investigación que estábamos solicitando. El éxito de nuestra metodología había generado tanta confianza en nosotros que estuvimos dispuestos a arriesgarnos (Esa subvención fue financiada con entusiasmo). Tal arrogancia no es una de las virtudes promocionadas por la empresa científica, pero puede ser parte de ella. Los estudiantes deben estar conscientes de la posibilidad.

Como muchos profesionistas saben muy bien, una de las alegrías que se obtienen de trabajar con la misma persona durante un largo periodo de tiempo es el afecto – el afecto mutuo- que a menudo se desarrolla. Eso mismo ocurre en el laboratorio. Una de las características que más aprecio de la fotografía es la visión de los dedos de Cosmo, lo que indica que había colocado su brazo alrededor de mi cintura. A diferencia de su entorno familiar (institucional) casi siempre tuvo éxito en nuestro laboratorio. Aquí, él podía sentirse sin miedo y seguro. Cuando un enfoque de la enseñanza basado en datos puede generar tales satisfacciones personales, otros deben permanecer en secreto. La ciencia produce más que teoría y datos.

Otro de mis grandes momentos se produjo cuando observé por primera vez lo que luego nos dimos cuenta de que eran relaciones de equivalencia, pero que en ese momento consideramos como un experimento sobre comprensión lectora. He contado esta historia muchas veces así que me saltaré la mayoría de los detalles. Nuestro sujeto era Kent, un niño con retraso severo que no mostró evidencia de poder entender palabras escritas o impresas. Por ejemplo, era completamente incapaz de hacer



coincidir la palabra impresa automóvil con la imagen de un automóvil, o palabras como perro, gato, oreja, sombrero, etc., con sus imágenes correspondientes. La parte crítica del experimento fue un intento por enseñar una comprensión lectora tan simple de una manera indirecta, es decir, enseñando otras cosas. Yo no era optimista.

Esto fue lo que hicimos. En lugar de enseñarle directamente a emparejar las palabras impresas con las imágenes, le enseñamos a emparejar palabras dictadas - palabras que le decíamos- primero con imágenes y luego con palabras impresas. En total, le enseñamos a relacionar cada una de las 20 palabras auditivas con su imagen y con su contraparte impresa. Por ejemplo, cuando escuchaba la palabra “automóvil”, aprendió a seleccionar la imagen de un automóvil y no cualquier otra imagen; cuando escuchaba “sombrero” aprendió a seleccionar la imagen de un sombrero y no otras; y así sucesivamente con otras 18 combinaciones de imágenes y palabras. Luego le enseñamos a relacionar cada una de esas 20 palabras dictadas con su contraparte impresa. Por ejemplo cuando escuchaba “automóvil” elegía “automóvil” y no otra palabra impresa; cuando escuchaba “sombrero”, elegía “sombrero” y no otra palabra impresa; y así sucesivamente con las otras 18 combinaciones de palabras dictadas y palabras impresas. Fue sencillo enseñarle emparejar las palabras dictadas con las imágenes porque ya conocía muchas de esas palabras auditivas y sus imágenes correspondientes, pero tomó un mes enseñarle a relacionar cada una de las 20 palabras dictadas con la palabra impresa correspondiente.

Luego llegó el momento mágico. Con Kent ahora emparejando las palabras dictadas, tanto con imágenes y palabras impresas, repetimos las pruebas de comprensión lectora en las que tuvo que emparejar las palabras impresas con sus correspondientes imágenes, prueba que Kent no había podido realizar antes. A medida que avanzaba la prueba, no podíamos creer lo que estábamos viendo. Ensayo tras



ensayo, Kent emparejó correctamente el automóvil, el sombrero, el gato, la caja, la vaca – cada una de las 20 imágenes- con su nombre impreso, y cada uno de los 20 nombres impresos con sus correspondientes imágenes.

El técnico de laboratorio, sentado detrás de Kent en el cuarto experimental, apenas podía contenerse. Al final dio un salto, tomó al niño en un abrazo de oso y gritó: ¡Maldita sea, Kent, puedes leer!” Fuera del cuarto, donde el resto de nosotros estábamos observando a través de un cristal de un solo sentido, yo estaba bailando el twist; mi hijo, que casualmente estaba en el laboratorio en ese momento, me dijo más tarde, “Papá, ¡nunca te había visto así antes!”

Bien, momentos como ese no requieren de un descubrimiento original. Posteriormente, continuamos con el mismo método para enseñar la correspondencia de colores con sus nombres impresos, números el nombre de los números y cantidades, letras mayúsculas con letras minúsculas y muchos otros. La emoción nunca ha disminuido. Aunque se necesita más preparación, esta manera de crear nuevos comportamientos es, de alguna manera, incluso más emocionante que el moldeamiento de respuestas.

Los modificadores de conducta, desde luego, tienen este tipo de experiencias todo el tiempo, en la medida en que crean exitosamente comportamientos adaptativos para reemplazar el comportamiento inadaptado. Sin embargo, de lo que muchos de ellos no se dan cuenta es que los experimentadores también experimentan el mismo tipo de experiencias. Esos laboratorios supuestamente fríos y emocionalmente estériles generan mucho calor.



## Conclusión

Al preparar este artículo me pregunté si haría que los lectores dijeran “¿Qué le ha pasado a Sidman? Parece que se ha vuelto blando”. Eso puede ocurrir cuando uno se interesa en lo que los analistas conductuales llaman “eventos privados”, que es realmente de lo que he estado hablando. Me encantó, desde luego, leer una declaración de Skinner, según lo relata Charlie Catania:

Los eventos privados... siguen siendo inferencias para el experimentador o el filósofo, pero son observados directamente por la persona en cuya piel existen como cualquier otro estímulo ambiental (Catania, 2003, p. 317).

Los eventos privados son reales. Los analistas conductuales los experimentan como todos los demás. De alguna manera, esos eventos privados se convierten en reforzadores, algunos positivos y otros negativos.

Pero al igual que refuerzan otras actividades, también refuerzan el comportamiento de los analistas conductuales. Ellos, también, son uno de los frutos de nuestra ciencia, al menos de lo que hay en ella para nosotros.

Creo que es importante que permitamos saber eso a la gente. Es especialmente importante que se lo hagamos saber a los estudiantes.

## REFERENCES

- Catania, A. C. (2003). B. F. Skinner's Science and Human Behavior: Its antecedents and its consequences. *Journal of the Experimental Analysis of Behavior*, 80, 313-320.



- Keller, F. S., & Schoenfeld, W. N. (1949). The psychology currículum at Columbia College. *American Psychologist*, 4, 165- 172.
- Sidman, M. (1966). Avoidance behavior. In W. Honig (Ed.), *Operant behavior: Areas of research and application* (pp. 448-498). New York: Appleton-Century-Crofts.
- Sidman, M. (2000). *Coercion and its fallout* (Rev. ed.). Boston: Authors Cooperative.
- Skinner, B. F. (1938). *The behavior of organisms: An experimental analysis*. New York: Appleton-CenturyCrofts.

Traducción libre de Edson Escalante de Sidman, ET. (2017) Murray Sidman, *The Analysis of Behavior: What's In It for Us?* . En Cambridge Center for Behavioral Studies (Ed.) *Behavioral Science: Tales of Inspiration, Discovery, and Service – Omnibus Edition* (pp- 167-176). USA: Cambridge Center for Behavioral Studies.

